

en el cuerpo del agente. Cuando cesaron las cortas convulsiones dijo Johann:

—Sí, sí... la he mandado hacer de metal para que resista...

IX

El corredor obscuro

Mientras que Johann á costa de violentos esfuerzos, cubría este segundo cadáver con la misma cortina que servía para ocultar al agente número 133, el soldado que hacía centinela á la entrada del corredor, pronunció distintamente:—¡No se pasa!

Johann escuchó un momento para saber la respuesta, pero nadie contestó.

—Por poco no puedo dar la vuelta á este pícaro tornillo — exclamó; — es necesario ponerle aceite.

Y volviéndose á sentar, se acarició la barba.

Ahora nos vemos obligados á dejar el gabinete en que Johann Spurzeim ha empleado el tiempo tan activamente, para presenciar lo que pasa en la calle entre el centinela y un recién llegado á quien no aguardaba con menos impaciencia el terrible jefe de policía.

Tal vez la muleta iba á silbar y aniquilar por tercera vez.

Esta muleta era una curiosidad. Fabricáanse ins-

trumentos parecidos en Roma desde que Cosme Libranus envió la primera carabina de aire comprimido al príncipe de Condé, en tiempo de Enrique IV.

Estas carabinas, de origen romano, se cargan de aire por el juego combinado de un manubrio de rueda y un tornillo de presión que produce el efecto de una bomba que lo inyecta.

El hombre á quien el soldado acababa de decir: —¡No se pasa!—había bajado de un elegante y rico carruaje tirado por dos hermosos caballos franceses. El carruaje se había detenido á cincuenta pasos de allí, delante de la puerta principal del palacio del jefe.

El corredor estrecho y largo al extremo del cual brillaba un reverbero lejano, no era, como se deja suponer, la entrada principal.

Muchas puertas que daban á este corredor, comunicaban con las oficinas.

El carruaje había quedado bajo la custodia de un criado delante de la puerta principal. El hombre que había bajado de él, se dirigió á grandes pasos hacia el corredor sombrío. Llevaba un traje que no se acostumbra á ver en tan lujosos carruajes. Consistía en los *calzoni* colorados y cortos de los marineros del puerto, un ceñidor y la camisa. No llevaba más.

Igual era, si no nos es infiel la memoria, el traje de Baldemonio al escalar las murallas de Castello-Vecchio.

Su traje actual no se aprestaba á darle apariencias de gran señor, y sin embargo, á pesar de sus mangas de camisa y sus *calzoni*, su aspecto era noble.

El cochero y el criado de á pie, bizarro mozo vestido de una manera extravagante, entraron del brazo en las oficinas. Su amo penetró con paso

rápido en el corredor sombrío. Pero no fué muy lejos. Un fusil colocado de través, detuvo inmediatamente sus pasos.

—¿Quién vive?—preguntó el recién llegado.

El hombre que tenía el fusil en la mano se echó reír.

—Amigo, me parece que quien debía dirigir esta pregunta sería yo—respondió el soldado.

—El jefe de policía me aguarda.

—Es posible, pero yo tengo mi consigna.

Baldemonio cogió el fusil y quiso separarlo.

Al ruido de la lucha que trabó con el centinela, acudieron cuatro ó cinco soldados y el teniente. Baldemonio se inclinó al oído de éste y le dijo una palabra.

Spinosa llevó rápidamente la mano á su schakó.

—¡Alteza!—murmuró.

—¡Silencio!—interrumpió Baldemonio.

Los soldados, al oír que se le llamaba Alteza, hicieron vanos esfuerzos para ver su rostro.

¿Quién era el Alteza que acababa así de internarse á media noche en el corredor del gabinete privado del señor Johann Spurzeim?

—¡Dejad pasar!—ordenó el teniente.

Obedecióse en silencio.

Baldemonio pasó por entre dos filas inmóviles cuya presencia no podía adivinar sino por el ruido de sus respiraciones.

Cuando estuvo en el umbral del gabinete, se volvió y dijo:

—Está bien, Spinosa, ya oiréis hablar de mí... Retiraos.

—Señor—replicó el oficial con zozobra,—las órdenes que he recibido me lo prohíben.

Baldemonio abrió la puerta bruscamente.

—Johann Spurzeim—dijo en alta voz,—mandad á esos hombres que se retiren.

Al momento la voz empalagosa y cascada del jefe de policía exclamó:

—Retiraos, amigos míos; ya no tengo necesidad de vosotros.

—Pero...—dijo Spinosa,—el prisionero...

—El prisionero está en lugar seguro... y acordaos, señor teniente, que yo no doy cuenta de mis acciones sino al rey.

Spinosa se había adelantado hasta la puerta y lanzado una mirada rápida al interior del gabinete.

Esta mirada le reveló que el prisionero no estaba allí.

—¡Al hombro! ¡marchen!—ordenó.

Y junto con los soldados salió del corredor en silencio.

Pero incapaz de contenerse, exclamaba de vez en cuando:

—¡Ah! ¡si el rey supiese!... ¡si el rey supiese!...

Baldemonio al entrar cerró la puerta y pasó el cerrojo por dentro. Luego atravesó la pieza con paso rápido.

Ya hemos dicho que Johann Spurzeim colocaba ordinariamente la luz de modo que pudiese ver sin ser visto; parece que Baldemonio no gustó de este juego, porque al llegar cerca de la mesa tomó la lámpara y la colocó frente á la abertura de la garita.

La luz iluminó de lleno el rostro de Spurzeim, quien cerró los ojos como el buho cuando un rayo de sol penetra en el agujero donde se anida.

Baldemonio se sentó frente á Johann, volviendo las espaldas á la luz. Los papeles se habían trocado.

Esta vez no era el jefe de policía quien interrogaba.

—¿Por qué no estás en tu cama, David Heimer?
—le preguntó.

—Maestro—contestó Johann con respeto, pero con calma;—porque sabía que debíais venir.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Maestro, supongo que á los miembros de la asociación no les está prohibido el cálculo... Estoy muy malo, pero tengo cabales mis sentidos.

—¿Es verdad que te encuentras muy malo, David Heimer?—dijo Baldemonio con aquel acento de duda que se toma cuando, más bien que á otro, se dirige uno la pregunta á sí mismo.

—En los tiempos en que os llamabais el caballero de Athol, señor—repuso Johann,—nos encontramos dos veces... ¿Habríais creído que viviría los tres ó cuatro meses que han transcurrido desde entonces?

—¡No por cierto!—dijo Baldemonio.

Johann Spurzeim sonrió tristemente.

—Los que desean mi muerte—murmuró,—no tendrán la molestia de aguardar mucho tiempo.

De repente se interrumpió mudando de tono.

—Pero yo no puedo creer que vos deseéis mi muerte, señor, vos que conocéis tan bien mi adhesión y fidelidad.

Y le sobrevino un ligero acceso de tos.

Baldemonio le miró fijamente.

Al contemplar aquel débil y mísero rostro cuyos labios parecían siempre dispuestos á dejar escapar el último suspiro, no podía experimentarse más que compasión.

En verdad aquel cadáver, animado tan sólo por un resto de vida, hacía un contraste horrible frente al noble y brillante continente italiano del caballero de Athol, Baldemonio ó Porporato, como se le quiera llamar.

—Si yo desease tu muerte, David Heimer...

—Satisfaríais muy fácilmente vuestro deseo, ¿no es esto, maestro?

Baldemonio volvió la vista con cierta especie de hastío.

Pero hizo mal, porque entonces Johann le lanzaba una mirada de serpiente.

—Maestro—prosiguió éste último,—yo había calculado que la asociación tendría necesidad de mí esta noche.

—¿Creíais que no sería feliz en mi empresa?

—Vuestra empresa, maestro, podía no salir bien... los resultados lo han probado.

—¿Y atribuyes tú, Johann Spurzeim, este éxito á la casualidad?

—Sólo la casualidad, maestro, puede ser más fuerte que Porporato.

A pesar suyo su acento tenía un matiz de sarcasmo.

Baldemonio volvió á fijar en él su mirada

—¿Sabías que habían cambiado á Felice de prisión?—le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Has sido tú quien me lo ha mandado decir?

—Maestro, bien sabéis que he sido yo.

—¿Sabías que en la misma cárcel se le habían hecho proposiciones de perdón?

—Puedo juraros por mi honor que lo ignoraba.

—¡Por tu honor!—repitió Baldemonio con amargura;—pero quiero creerte, David... Reflexiona solamente que si puedes ignorar semejantes hechos, es un peligro para la asociación contar contigo.

—Severo estáis, maestro.

—Soy justo.

—El estado de enfermedad en que me hallo...

—Para la posición que tú ocupas no necesitamos un enfarmo.

Las pálidas mejillas de Johann se animaron im-

perceptiblemente; cerráronse sus ojos un instante y se estremecieron sus labios. Sin embargo respondió con calma:

—Maestro, hago lo que puedo... Si conocéis otros más hábiles y activos que yo, cederé gustoso mi puesto.

—Ya veremos eso, David—dijo fríamente Baldemonio;—no hay peligro en la espera, pues no te considero tan insensato que quieras luchar contra mí. Pero hablemos de otra cosa... ¿Has hecho que Felice Tavola se evadiese por la puerta de tu jardín?

—No, señor—repuso Johann bajando la voz á pesar suyo.

—¿Le has dicho—preguntó de nuevo Athol,—que el bote de Sansovina ha tenido que mudar de sitio y que ahora se halla fuera de la ciudad, en la Chiaja, frente á la tumba de Virgilio?

—No, señor—replicó por segunda vez Johann;—no he tenido necesidad de decirle esto.

—¿Ya lo sabía?

—Lo ignoro.

—¿Qué es esto?—exclamó fijando una mirada suspicaz é inquieta sobre Johann,—¿le habrá acontecido alguna desgracia á Felice Tavola?

—Maestro—dijo Spurzeim lentamente y con la cabeza erguida,—¡Felice Tavola ha muerto!

Baldemonio estaba lejos de esperar un acontecimiento para él tan imprevisto. El anuncio de esta muerte le impresionó vivamente. Su rostro tornóse pálido de cólera.

—¡Tú le has hecho asesinar!—dijo en voz tan baja que apenas Johann pudo oírle.

La ira de este hombre era terrible, pero Johann desplegabá en ciertos momentos una admirable sangre fría y un valor prodigioso.

—Os engañáis, maestro—le dijo tranquilamente,

—Tú sabías que le amaba... que era mi brazo derecho y mi mejor confidente.

—Sí, maestro, lo sabía... todos los sabíamos.

—Ya sé que vas á decirme que los soldados han traído un cadáver.

Johann sonrió desdeñosamente.

—Sois un mal adivino, maestro—dijo cruzando los brazos sobre el pecho.—Felice Tavola ha entrado aquí vivo, pero como no he hecho más que cumplir con mi deber, no necesito buscar subterfugios... Felice Tavola ha muerto en este aposento... en el mismo sitio que ocupáis.

Baldemonio no pudo menos de estremecerse.

—Muerto, ¿por quién?—preguntó.

—Por mí.

X

Los dos cadáveres

Parecía tan increíble que un hombre fuerte, joven, ágil y valiente como Tavola hubiese sido asesinado por un viejo agonizante, que Baldemonio permaneció un momento dudoso. Pero de pronto le ocurrió una idea que disipó sus dudas y dijo:

—¡Tavola estaría cargado de cadenas!

—Nuevo error, maestro—replicó Johann Spurzeim:—las limas inglesas enviadas por vos habían limado sus esposas y tenía las manos libres.

Su dedo señalaba la mesa. Athol pudo ver en efecto los hierros divididos del prisionero.

Mientras guardaba silencio, Johann repuso:

—El artículo séptimo de la regla manda á todo caballero que haga justicia por sí mismo en caso de traición.

—Yo no he hecho justicia—añadió Johann,—sino en el momento en que Felice Tavola, traidor á sus hermanos, me ha probado que también quería revelar los secretos del maestro.

—Y ¿qué pruebas tienes de su traición?—preguntó Baldemonio.

—A la conciencia del maestro apelo para sincerarme.

—Explicate.

—El maestro ha visto la amenaza... yo la ejecu-

ción de la amenaza... ¿Quién osará poner en duda el testimonio de Porporato y David Heimer?

Una vez aceptados los usos y costumbres de la asociación, Athol no tenía que replicar.

Pero Athol oía en su interior una voz que le gritaba: «Hay traición y el traidor no es Felice Tavola». Sin embargo, nada apoyaba esta creencia.

Johann había obrado en la rigurosa medida de su derecho.

Aun más: Johann había cumplido con su deber.

Esta amenaza, tan perfectamente apropiada á la situación de un preso abandonado por sus cómplices, de un preso que desde el fondo de su prisión oye los martillazos de los que levantan su patíbulo, esta amenaza escrita con el alfabeto del Silencio, el mismo Athol la había leído en los muros del calabozo de Tavola.

Se me ha olvidado: me vengo.

Pero ¿cómo Johann Spurzeim podía saber que existiese esta amenaza, y que Baldemonio la había leído?

Esta idea cruzó por su espíritu con la rapidez del rayo.

—Está bien, David—le dijo;—nuestra regla condenaba al desgraciado Felice Tavola; tú te has erigido en su verdugo... ¿Con sentimiento sin duda?...

—Sí, maestro, con sentimiento.

—Has cumplido con tu deber: el consejo te juzgará... Pero estoy perdiendo el tiempo; voy á ver si empleo mejor el resto de la noche.

Y se levantó afectando un continente tranquilo.

—Maestro—le dijo Johann,—aun no hemos acabado.

—¿Qué quieres?

—El artículo 9 de la regla concede al caballero

herrero que ha castigado al traidor, el derecho de elegir y presentar al consejo el que debe llevar la sortija de hierro del que ha dejado de existir... Reclamo este derecho.

—Te corresponde—respondió Athol haciendo un movimiento para retirarse.

—¿Su Señoría no desea saber el nombre del compañero que he elegido?

—Si es amigo mío, ¡qué me importa! Si es un enemigo, será su desgracia.

—¡También tengo que hablaros de vos!

—¿De mí?

—Maestro—dijo Johann,—me habéis encargado diversas comisiones, las cuales he cumplido exactamente.

—¡Me aguardan!—murmuró Athol cuya mirada se fijó en el reloj.

Este señalaba más de media noche.

—Un cuarto de hora más ó menos no puede perjudicar vuestro negocio—replicó Spurzeim con cierta especie de malicia.—Necesito decir á Su Señoría tres cosas: la primera se refiere á los dos niños de Catana.

Athol se acercó.

—Estos niños están en Nápoles — prosiguió Johann;—antes que finalice el día de mañana, los pondré á vuestra disposición.

—Si cumples tu palabra, David—exclamó vivamente Athol,—algunas culpas podrán perdonarse.

—Ignoraba, maestro—repuso Johann fríamente,—que necesitase de vuestra alta clemencia.

—Estoy bien persuadido de que cuando hablo se comprende lo que digo—contestó Athol con seguridad.

—Mi segunda comunicación se refiere, señor, á la viuda de mi antiguo y venerado maestro Ma-

rio, conde de Monteleone. Esta también se halla en Nápoles.

—¿Estáis bien seguro de ello?—preguntó Athol volviendo la cabeza para que no viese su sonrisa.

Johann Spurzeim contestó con seriedad:

—No lo puedo dudar, señor... Por más señas, uno de los caballeros del Silencio ha ido á recibirla esta mañana á bordo del *Pausilippe*, y no habiéndolo puesto en conocimiento del consejo, se halla comprendido en el caso previsto por el artículo 3.º de la regla...

—¡Adelante!—dijo Athol.

—La tercera comunicación es referente á un hombre cuyo paradero me habéis encargado muchas veces que inquiriesese... No tengo necesidad de recordar á Su Señoría el celo que he empleado en la ejecución de sus órdenes.

—¿De qué hombre quieres hablar?—interrumpió Athol.

—Del calabrés Manuel Giudicelli.

De un salto Athol se puso á su lado.

—¿Le has encontrado?—exclamó.

—La casualidad me le ha hecho descubrir.

—Espero que no le habrás dejado escapar.

—No por cierto, señor.

—¿Está en tu casa?

—Aquí... en este cuarto.

Athol paseó involuntariamente su mirada por el gabinete.

—Levantad esta cortina, señor—dijo Johann señalándole la colgadura extendida delante de la mesa.

Athol obedeció, pero al ver los dos cadáveres retrocedió algunos pasos.

—¡Manuel! ¡Manuel!—exclamó el caballero de Athol con profunda emoción;—¡él... debe ser él!

¡Así me figuraba yo el último servidor de Mario Monteleone!

—Maestro — interrumpió Johann Spurzeim fingiendo equivocarse;—no tengáis duda alguna, es el mismo Manuel Giudicelli de Martorello; le tenía muy conocido.

Athol se volvió hacia él despidiendo fuego de sus ojos.

—David Heimer—le dijo pálido por los esfuerzos que hacía para contenerse,—tú me responderás de esta muerte.

Johann quedó inmóvil y silencioso.

Sólo después de un largo rato, y mientras que Athol arrodillado ponía su mano sobre el corazón del desgraciado Manuel, Johann replicó:

—Vos me habíais encargado que le buscara, pero sin confiarme vuestros secretos... Yo he visto que este hombre era vuestro enemigo y por consiguiente enemigo también de la asociación.

—Es decir que le has asesinado para servirme mejor, ¿no es esto, David?—dijo Athol con amargura.

—Le he matado—replicó Johann,—porque se había adelantado á todas mis previsiones... Este hombre no sólo era vuestro enemigo y el vuestro, sino que puedo decir que no teníamos en Nápoles otro enemigo más peligroso.

—Pero ¿cómo le has matado?—exclamó Baldeemonio levantándose bruscamente.—¿Cómo has dado muerte á los dos? Tavola, joven, vigoroso, terrible en la lucha; Manuel más viejo y debilitado ya por la edad, pero que con un solo soplo te hubiese derribado?

—Cuando se trata de vuestro interés, maestro, y del de mis hermanos—respondió Johann,—soy fuerte.

X como Athol le lanzase una de esas miradas

que se dirigen á los reptiles repugnantes y ponzoñosos, continuó sonriendo:

—Existe un hombre más fuerte que Tavola, más que Tavola y Manuel reunidos... ¡más fuerte que diez, que cien hombres! Este hombre es Porporato. Pues bien; ese hombre, ese gigante me ha amenazado hace poco, á mí, pobre gusano de la tierra... Ya pues que me amenazaba y que su fuerza raya tan alto como mi debilidad, tenía el derecho de defenderme... Señor, me hubiese sido tan fácil quitar la vida al gigante, como le es fácil ahora á éste aniquilarme con un soplo de su boca. Al igual que Manuel y Felice Tavola, vuestra vida me ha pertenecido, y si aun vivís me lo debéis á mí.

Así diciendo se levantó sobre sus miembros trémulos y tendió á Baldemonio la carabina de viento que tan terribles servicios le había prestado esta noche.

—Esto es el rayo—añadió;—el rayo silencioso que mata sin que se perciba el golpe... Durante más de un minuto me habéis vuelto las espaldas; para apuntarla sólo se necesita un segundo... Os lo repito, maestro, me habéis pertenecido; si en lugar de tres cadáveres no hay más que dos, es porque he querido respetar esa brillante juventud á costa de algunos días desgraciados y vacilantes que me restan aún sobre la tierra.

Athol cogió la carabina y la examinó.

—Maestro—continuó Johann Spurzeim aprovechándose de este momento para defender su causa;—yo he dado muerte á un hombre que ha sido mi compañero, y á un pobre viejo que ningún daño me había hecho... ¿Por quién? ¿por mí?... ¡Ay! ¿para qué? ¿para qué, si tengo contados mis días? Yo lo he hecho á mi pesar y por vos, sólo por vos... Yo lo he hecho porque la traición del

primero y las revelaciones del segundo iban á descargaros un golpe igualmente funesto... Felice Tavola por venganza y Manuel por un puñado de oro, habían jurado la pérdida de la asociación. Tavola no sabía á quién hablaba cuando ha entrado aquí, y sin embargo, el primer nombre que ha pronunciado ha sido el vuestro, y si le he castigado ha sido como delator... Manuel era un espía de la policía; buscad en su bolsillo y encontraréis su tarjeta, su número y los secretos que había ya descubierto. El artículo 8.º de la regla condena al espía, cualquiera que sea... Maestro, yo no esperaba de vos ni reproches ni amenazas, sino elogios.

Mientras que Johann hablaba, Baldemonio buscó en los bolsillos de Manuel los papeles á que acababa de aludir Spurzeim. Si éste no hubiese emprendido su defensa con tanto calor, habría notado que al tomarlos, Athol se estremeció, y que la palma de su mano había permanecido aplicada contra el pecho de Manuel más tiempo del que era rigurosamente necesario para sacar su cartera.

Johann no veía el rostro de Athol.

Las facciones de éste habían sufrido una viva y notable transformación. La sensación que ahora se veía en ellas era nueva y de diferente especie. Sus ojos brillaban de esperanza. Su corazón latía con violencia.

Y es que había percibido un movimiento bajo la húmeda camisa de Manuel.

Felice Tavola, asesinado últimamente, estaba ya rígido.

En Manuel había aún calor. De los dos sólo uno era cadáver. Athol se volvió con la cartera en la mano.

—Leed—repuso Johann,—y juzgad si me era

permitido dejar vivir al que llevaba al jefe de policía, como primer botín, la clave del alfabeto del Silencio.

Baldemonio abrió la cartera y leyó algunos papeles al azar. Su pensamiento estaba en otra parte.

Entre las piezas que Johann no había tenido tiempo de examinar, había una cuya vista hizo saltar el corazón de Athol en su pecho.

Era una carta cuyo papel manoseado y gra-seinto hablaba de un tiempo ya transcurrido.

Era la carta que el mismo Athol le había dejado en el mesón de Salerno, ejecutando, aunque tarde, la misión de que se había hecho cargo en las cárceles de Pizzo.

Era la carta escrita por Mario Monteleone en su prisión, durante las horas solitarias y tristes de su última noche.

—David Heimer—dijo Athol,—reconozco que has obrado según te dictó tu deber... Lo que has hecho trastorna mis proyectos, pero tú no los sabías. Acuérdate de que un día dije: no más sangre. Hoy añado: la asociación no tiene necesidad de sangre. Tu conducta será sometida al consejo.

—Tengo seguridad de salir bien, maestro—replicó Johann descaradamente.

—Pero os ruego que no os vayáis—interrumpió viendo que Athol cerraba los párpados de Manuel y que se disponía á retirarse:—por tercera vez os digo que no hemos acabado.

—¿Qué hay más?

—Su Señoría, en las circunstancias en que nos encontramos, me debe expresamente ayuda y protección. Ya veis que mi estado de debilidad no me permite hacer desaparecer estos cuerpos muertos.

Quizá aguardaba una negativa.

La prisa con que Athol accedió á su proposición, le turbó.

Athol, en efecto, tomó el cuerpo de Manuel y lo cargó sobre sus espaldas.

Antes de esto había quitado á Felice Tavola su sortija de hierro.

—Ahí tenéis lo que habéis ganado, David—le dijo entregándosela.

Y se dirigió hacia la puerta con su carga á cuestas. La sangre de Manuel corría sobre su camisa.

Al pasar el umbral dijo:

—Voy á enviaros á Cucuzone por el otro.

Johann no respondió. Miraba correr la sangre de Manuel. Sus dos manos se crisparon sobre su pecho, y dejándose caer extenuado en el fondo de su garita, murmuró:

—¡Nada he hecho; ese hombre no está muerto!

XI

La leyenda de San Genaro

Sería media noche cuando Peter-Paulos se despertó en el banco del despacho de policía, donde se había quedado dormido.

Miró á su alrededor, y sólo vió la soledad, las tinieblas y lo desconocido.

—¿Estoy preso aquí?—preguntó á Privato, único compañero que había en la oficina.

Privato se encogió de hombros y continuó escribiendo.

Peter-Paulos se guardó de repetir la pregunta, y deslizóse hacia la puerta.

En la plaza del Mercato no había más que un reverbero, y en las ventanas de las casas no brillaba una sola luz.

Sin embargo, Peter-Paulos pudo distinguir al resplandor de las linternas del carruaje que se hallaba ante la casa de Johann Spurzeim, que el clown de la fuente de las Tres Vírgenes, ayudaba á otro personaje á colocar un objeto pesado y voluminoso en el referido carruaje.

El compañero de Cucuzone iba en mangas de camisa, y se hallaba oculto por la sombra.

Peter oyó que éste decía: